

MARCELO LÓPEZ CAMBRONERO

LA EDAD

VIVIR,
AMAR Y
TRABAJAR
EN UN MUNDO
ACCELERADO

VIRTUAL



¿Y si la realidad fuese
una mierda de la que
resulta imposible escapar?

La Edad Virtual

Marcelo López Cambroneró

La Edad Virtual

Vivir, amar y trabajar
en un mundo acelerado



© El autor y Ediciones Encuentro, S. A., Madrid, 2019

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección Nuevo Ensayo, nº 46

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: CLM-Madrid

ISBN: 978-84-9055-960-4

Depósito Legal: M-6256-2019

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com

ÍNDICE

PRIMERA PARTE EL ESPACIO

CAPÍTULO PRIMERO

La ciudad en conflicto 9

CAPÍTULO SEGUNDO

Christodora House 35

CAPÍTULO TERCERO

Ciudades-Holograma 49

SEGUNDA PARTE EL TIEMPO

CAPÍTULO CUARTO

Maneras de vivir 71

CAPÍTULO QUINTO

Hombres-árbol 81

CAPÍTULO SEXTO

Further: ir más allá de lo real 91

TERCERA PARTE
EL SENTIDO

CAPÍTULO SÉPTIMO

¿Y si la realidad fuese una mierda de la que
resulta imposible escapar? 105

CAPÍTULO OCTAVO

La vida virtual 115

CAPÍTULO NOVENO

Una Nueva Sociedad 137

Notas 161

PRIMERA PARTE
EL ESPACIO

CAPÍTULO PRIMERO

La ciudad en conflicto

«¿Qué esfinge de cemento y aluminio abrió sus cráneos
y devoró sus cerebros y su imaginación?»

Allen Ginsberg, *Howl!*

Charlotte Street, icónica calle del Bronx neoyorkino, llama la atención por sus pequeñas pero coquetas casas unifamiliares con un lindo jardín, setos cuidados e impolutas verjas blancas sobre las que se asoman los brotes de cerezos y melocotoneros. Se trata de un lugar tranquilo y acogedor, en nada diferente a cualquier rincón acomodado de la nación más rica del mundo. Es, en muchos sentidos, un lugar estupendo para vivir, sin la presión ambiental que corta el aire de las grandes avenidas de Manhattan, cerca de un espacio verde como el Crotona Park y apenas a unas manzanas del zoo más grande del país.

Las viviendas que nos rodean fueron construidas a partir de 1985 y son un símbolo de la renovación urbana del barrio que se desarrolló a finales del siglo XX. Aquí no queda ni rastro de la miseria que formó parte de la rutina de los vecinos en el pasado: si quisiéramos adquirir cualquiera de estos chalets independientes tendríamos que desembolsar algo más de medio millón de dólares y el alquiler difícilmente bajará de los 2.000 mensuales.

Sin embargo, esta misma calle Charlotte fue, durante más de una década y desde la crisis de los setenta, el paradigma de la pobreza y la marginalidad de las zonas deprimidas en las grandes

ciudades norteamericanas. El panorama que encontró Ronald Reagan cuando la visitó en 1980 era muy diferente al que observamos ahora. Entonces abundaban los bloques semiderruidos y los solares abandonados en los que se amontonaban los escombros sobre el barro y la suciedad. El horizonte lo dominaban dos edificios gemelos de ladrillos ennegrecidos, quemados y llenos de grafitis. A la altura de las puertas de entrada alguien había escrito dos palabras en grandes letras, en español y en inglés: «Falsas Promesas». Parecía más una zona de guerra que la manzana de una gran ciudad y el propio Reagan, entonces candidato de unas elecciones presidenciales que ganaría en pocas semanas, la describió con toda claridad al decir que «parecía haber sido devastada por una bomba atómica»².

Una generación de jóvenes afroamericanos creció corriendo sobre aquellas aceras rebozadas de basura para esconderse de la policía en los callejones oscuros. Eran chavales sin futuro que se evadían de la realidad en las primeras fiestas del hip hop, mucho antes de que el género alcanzara popularidad con la canción *Rapper's Delight* en 1979. Aburridos, desesperanzados, se fumaban todo el crack que les cabía en el cuerpo al son de los *scratch* de Afrika Bambaataa y de las rimas de Grandmaster Flash.

Más al sur y más al este se encuentra Hunts Point, un área que ya entonces —y todavía hoy— tenía la triste fama de ser una de las más sombrías y peligrosas de Nueva York, corroída por el crimen organizado y la prostitución. Hunts Point era, a finales de los ochenta, el patio trasero del distrito más conflictivo de la ciudad, un suburbio industrial muy alejado de las luces de neón y de las estampas idílicas en las que los fuegos artificiales explotan sobre las azoteas del *skyline* de Manhattan mientras suena *Rhapsody in Blue* de George Gershwin.

Los seis carriles de la carretera 278 se unen a la gigantesca estación de carga de ferrocarril Oak Point Yard para crear una extraña frontera que divide el Bronx en dos partes, separando Hunts Point del resto de la urbe. No es un sitio al que acudan los turistas, ni siquiera los vecinos a no ser que por su trabajo o por su vida no

tengan más remedio. Si nos damos un paseo apenas encontraremos otra cosa que edificios bajos con fachadas decadentes, tapias en las que se amontonan pinturas urbanas de mal gusto y pésima factura, viejos talleres, desguaces, centros de reciclado y chicas haciendo la calle al lado de viejas vías del tren en Edgewater Road o Lafayette Avenue.

Más al sur, junto al río y ocupando un espacio bien delimitado, está el mayor centro de distribución de comida del mundo, al que llegan las líneas de ferrocarril trazando gigantescos semicírculos que dibujan surcos concéntricos semejantes a la huella dactilar de un detenido. Entre los andenes y sobre los raíles se acumulan los contenedores de metal, el olor a productos químicos y una incómoda sensación de soledad mecánica.

Al fondo, como si alguien quisiera ocultarlo en el último rincón del desván, aparece la extraña mole blanca y azul del centro penitenciario Vernon C. Bain, construido en una barcaza que flota sobre las frías y sucias aguas de la rivera. A finales de la primavera de 1989, momento en el que comienza nuestra historia, la población de reclusos todavía no había crecido como para necesitar ampliar la prisión con la barcaza, pero los alrededores eran igualmente desagradables. Tal vez peores, más lóbregos e inseguros.

Como cada amanecer, el 15 de junio dos operarios del servicio de basura de Nueva York recorrían los aledaños de los muelles de carga cercanos al río envueltos en un halo de sudor y en el cansino aroma de la comida podrida y el agua estancada. Todavía no había llegado el calor veraniego, pero la humedad y el ambiente hacían que la faena fuese aún más desagradable. Por mucho que el lugar pareciera completamente vacío a aquellas horas siempre tenían la impresión de que alguien les observaba desde algún rincón, quizás un yonqui entre los montones de cajas o algún sicario oculto tras una puerta de metal entornada.

El camión atravesaba las calles llenas de remiendos con su pesado remolque, pasando bajo centenares de cables que colgaban en todas direcciones y unían los edificios con esos puentes para funambulistas que las ratas aprovechan, lejos del alcance de los

coches y de los gatos callejeros. Al llegar a una esquina el vehículo se detuvo con un pequeño rugido, soltando una bola de humo negro. Un hombre vestido con un uniforme pardusco se dejó caer de la parte trasera y se apresuró a recoger a manotazos un montón de bolsas de basura de colores, que lanzaba volando por el aire hasta hacerlas aterrizar en la cubeta. En un momento dado se detuvo porque algo le llamó la atención, le pareció extraño. Dentro de una bolsa azul de mayor tamaño se adivinaba una mancha negruzca que parecía sangre. Deshizo el nudo y se asomó al interior para descubrir, horrorizado, un grueso torso de varón. Solo el torso.

Unas horas más tarde la policía encontraría en un lugar cercano, un terreno baldío frecuentado por traficantes y adictos, varios paquetes similares con dos brazos y dos piernas. Los restos tenían diversas quemaduras, heridas y golpes, señales de una tortura cruel y prolongada que habría conducido a un desgraciado hacia la muerte lentamente y entre horribles sufrimientos.

Sin embargo, no encontraron la cabeza. Han pasado treinta años y todavía no se ha encontrado la cabeza.

Solo un día antes aquella carne y aquellos huesos maltratados habían formado la figura rechoncha y de aspecto bonachón de Bruce Bailey, un famoso abogado y activista que adquirió cierta fama por su implicación en la lucha por los derechos sociales de los inquilinos de Nueva York. Él fue uno de los pioneros de la batalla en contra de la *gentrificación*, un modelo de especulación urbanística que busca rehabilitar áreas urbanas deterioradas para atraer hacia allí a las clases medias, expulsando a los vecinos que cuentan con menos recursos y no pueden afrontar el aumento de los alquileres.

¿Quién fue Bruce Bailey, por qué fue asesinado de una manera tan horrible y, sobre todo, por qué su crimen nunca llegó a los tribunales, permaneció abandonado durante años y cayó finalmente en el olvido?

Nos adentramos en un relato que resulta paradigmático para mostrar la transformación de la ciudad posmoderna y de los modelos de vida y deseo que la configuran. Con él empezaremos a

comprender los cambios que afectan a nuestro mundo y que nos dirigen hacia un futuro tan distinto que podemos decir que supone, junto con el paso al Neolítico, la mayor crisis —la mayor aventura y el mayor reto— a la que se ha enfrentado la humanidad.

* * * * *

La Universidad de Columbia es uno de los centros educativos de excelencia en todo el mundo y una de las universidades con un menor índice de admisiones (solo consiguen ingresar en sus titulaciones el 6% de los candidatos). Además de gestionar el Premio Pulitzer cuenta con más exalumnos en la lista de los Premios Nobel que ninguna otra institución educativa. Son en la actualidad 84, entre los que aparecen algunos presidentes de los Estados Unidos como Theodore Roosevelt o Barack Obama.

Su campus principal se encuentra en la zona alta de Manhattan, en Morningside Heights, y deslumbra por la magnificencia de sus edificios neoclásicos coronados con tejados de un llamativo azul y por la distribución urbanística con la que fue concebida, según un modelo que se conoce, de hecho, con el nombre de «Ciudad Bella». La estrella del recinto es el centro de visitantes, coronado con una enorme cúpula bajo la que encontramos un espacio noble con gigantescos arcos decorados con casetones y altísimas columnas corintias.

La universidad ha sido durante los últimos cincuenta años uno de los actores inmobiliarios más importantes de Manhattan y actualmente posee más de 150 fincas de alto valor por toda la zona, entre ellas algunas de las más bonitas y mejor ubicadas.

Los dirigentes de Columbia pueden sentirse orgullosos de lo que han conseguido, especialmente en el período de tiempo que va desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta la fecha, pero quizás no estén ansiosos por hablar de las estrategias que siguieron sus administradores de la década de los ochenta del pasado siglo para conseguir el control de algunos de los bloques de viviendas señalados, lo que en tantos casos conllevó la expulsión de los antiguos inquilinos.

En aquellos años se estaba produciendo un fuerte conflicto en el Morningside Heights que enfrentaba a muchos arrendatarios con los propietarios de sus pisos. No era nada excepcional: más bien una más de las disputas que recorrían todo Manhattan de norte a sur y que afectaban a amplias zonas de Harlem o del antiguo Lower East Side. Estos problemas empezaban a ser tan comunes en la Gran Manzana como lo eran en otras ciudades europeas, por ejemplo en el barrio londinense de Barnsbury.

La Universidad de Columbia crecía muy deprisa y necesitaba espacios que remodelar para convertirlos en apartamentos aptos para sus estudiantes. Por ese motivo decidió acudir a una política expansiva en los alrededores del campus, al considerar que la ampliación de su capacidad para hospedar estudiantes era «el mayor reto si se quiere asegurar la calidad de la institución en el futuro», en palabras recogidas de un informe interno de septiembre de 1980.

Los inmuebles interesantes no estaban vacíos, por supuesto, y su nuevo uso requería que lo estuviesen al menos en su mayor parte. Los vecinos solían tener viejos contratos y, en muchos casos, eran ancianos o familias que llevaban años en la barriada y que no tenían ningún deseo de cambiar de residencia o de ambiente.

A decir verdad, Columbia no fue ni mucho menos tan agresiva como otros grandes propietarios de Nueva York y buscó, siempre que fue posible, una política de acuerdos y compensaciones económicas. Sin embargo, también acudió a algunos mecanismos de presión que la legalidad le permitía, insistiendo en prácticas que se repetían en tantísimos edificios de la ciudad en aquellas fechas y que todavía siguen resultándonos demasiado familiares: agotar a los residentes con requerimientos legales que resultaban molestos a la par que costosos, desinvertir en las zonas comunes, retrasar tanto como fuese posible las reparaciones en las viviendas para que vivir allí no fuese tan agradable como en el pasado y, por supuesto, utilizar estrategias que buscaban provocar la desunión para evitar una resistencia organizada.

El 31 de octubre de 1980 el semanario estudiantil *Columbia Daily Spectator* ofreció una narración muy gráfica de lo que estaba

sucedido. El redactor, John Zimmerman, daba cuenta de una reunión que tendría lugar al día siguiente en el auditorio de la Iglesia de Riverside, conocida por su enorme torre neogótica. Al encuentro acudirían dos organizaciones que se suponía estaban comprometidas en la defensa de los derechos de los inquilinos frente a las pretensiones de Columbia, pero entre las que había muy serios desacuerdos lo que, según opinión de Zimmerman, auguraba «un triste futuro para los intereses de los arrendatarios».

¿Dónde estaba el conflicto en aquellos momentos? En el número 600 de la 113 West, un lujoso e impresionante bloque de apartamentos conocido entre los estudiantes como el «Nussbaum» o, más habitualmente, el «Nuss», que la universidad había adquirido 15 meses atrás y en el que se habían sucedido las «huelgas de alquiler» y las disputas judiciales. Algunas de ellas terminaron con la condena de Columbia, obligándole a realizar determinadas reparaciones, lo que pone de manifiesto la política de presión que se estaba ejecutando. Al mismo tiempo y mientras otros vecinos continuaban en el edificio, la universidad estaba haciendo obras en las plantas para llenarlas de pequeños estudios, siguiendo un proyecto que pondría 500 de ellos a disposición de los futuros alumnos. Las protestas por el ruido y las molestias (cortes de agua y de calefacción, por ejemplo) habían llevado a dos órdenes administrativas de paralización de las actuaciones, pero no parece que estos inconvenientes hubiesen desanimado a los promotores de aquella transformación.

Vivir en un ambiente semejante no es ninguna broma, y afecta sobre todo a las personas de mayor edad. George Ewing, un residente del Nussbaum que había servido en la guerra del Vietnam, hacía una terrible comparación que no deja en muy buen lugar a los directivos de Columbia: «la escala y el alcance de esta situación ha ido más allá de lo que alguien podría creer. En la guerra y en este edificio puedes ver una total despreocupación por la salud, el bienestar y la vida humana. He presenciado, tanto en la batalla como aquí, cómo se emplean tácticas que buscan destruir la capacidad de resistencia de la mente y del espíritu».

CAPÍTULO SEGUNDO

Christodora House

So people came from miles around
To polish up the gem we'd found
A coat of paint, a brand new song
The arts to beat, a place to honk
A new cafe, a renaissance
A yogurt shop on every hill
Somerville
Where else could I go
Where else would I live
I'm only going broke
But soon enough they raised the rent
Evictions for development
We hear the story everywhere:
«Pack it up or pay the fare!»¹⁰



Uno de los símbolos de la gentrificación en Manhattan es el edificio Christodora, una mole de ladrillo extraña y antigua que se levanta en el 143 de la Avenida B, frente al Tompkins Square Park. El propio parque y el barrio en el que se encuentra (el antiguo Lower East Side), constituyen ejemplos paradigmáticos de los cambios que ha experimentado y siguen experimentando las ciudades contemporáneas y, con ellas, nuestras vidas.

El Christodora fue construido en 1928 por un magnate del ferrocarril y desde el primer momento reflejó el proyecto de país que la alta burguesía imaginaba para los Estados Unidos como una tierra de acogida y libertad. Su promotor, Arthur Curtiss James,

quería generar un espacio comunitario, de convivencia y bienestar en el que los nuevos inmigrantes, procedentes de todos los rincones de la tierra, pudieran sentirse cómodos instalados en la zona más multicultural de la ciudad. En su interior situó una serie de servicios que tendrían que hacer las delicias de los residentes: un centro médico, una escuela de música, un teatro, una piscina y un gimnasio.

Toda la estructura, modernista y grandiosa, pone de manifiesto lo que era Nueva York durante los felices años veinte, llena de esperanza y de una riqueza que parecía crecer sin límite, hasta el punto de poder permitirse recibir con alegría y con los brazos abiertos a quienes quisieran compartir sus ideales y contribuir con su trabajo al crecimiento económico y a la conquista del sueño americano.

Arthur C. James no quiso quedarse impasible viendo cómo el desarrollo general no terminaba de llegar hasta los barrios del sur de la Gran Manzana, retratados como míseros antros por la cámara de Jacob A. Riis en su libro *Cómo vive la otra mitad: estudios en medio de los bloques vecinales de Nueva York*¹¹, que escandalizó a la sociedad bien pensante de la época. En las fotografías de Riis vemos a gente hacinada en minúsculos habitáculos, a niños durmiendo amontonados en las calles sobre toneles, en callejones o en esquinas húmedas y sombrías. Un catálogo espeluznante de las penurias ocultas detrás de tanta prosperidad.

Lower East Side era por aquel entonces un área de población mayoritariamente judía, superpoblado y paupérrimo, con unas pésimas condiciones de higiene y seguridad. La aglomeración en los apartamentos era tal que durante las primeras décadas del siglo XX más de la mitad de las muertes que los incendios provocaron en Nueva York tenían lugar allí, apenas a dos millas del efervescente y jovial centro de la ciudad.

Por desgracia, las buenas intenciones que levantaron el Christodora no llegaron en el momento oportuno y pronto fueron barridas por la tozuda fuerza de la realidad. La crisis del 29 extendió la pobreza y el desempleo como nadie hubiese podido profetizar unos meses antes. Cuando Wall Street se hundió después de varios

años de un sostenido y contundente camino al alza se llevó consigo a decenas de miles de inversores que especulaban con acciones que compraban a crédito, creyendo que su valor jamás descendería. Quebraron bancos, cerraron empresas y se perdieron cientos de miles de puestos de trabajo. La caída de la producción industrial norteamericana fue tan marcada que cuando comenzó a repuntar, en 1933, se encontraba al nivel que había alcanzado veinte años atrás, mientras que la población había crecido en ese tiempo por encima del 10%.

La crisis azotó con especial dureza a las clases trabajadoras y convirtió al ya depauperado Lower East Side en una especie de vertedero multiétnico y multicolor repleto de marginados, delincuentes, prostitutas y desempleados, todos ellos encerrados en un universo carente de expectativas. Los que pudieron se marcharon a otro sitio y los que se quedaron se mimetizaron con la decadencia del lugar, que quedó aislado de toda inversión pública o privada.

Tras la Segunda Guerra Mundial, cuando floreció un nuevo ideal del *american way of life*, la población de las grandes urbes americanas se trasladó en grandes olas hacia la periferia, en buena medida con el empuje de una estrategia de gestión del deseo muy apropiada para una sociedad industrializada que retomaba la senda del triunfo.

El modelo de vida que se propuso a las familias americanas es conocido y ha sido caricaturizado con frecuencia. En los roles sociales y familiares sobresalía la idea de una mujer dulce y amable que recibía a su marido en una vivienda de algún acomodado y floreciente suburbio, repleto de viviendas construidas según la estructura de las «Casas del Bienestar». El crecimiento se quería cimentar sobre la institución familiar y con la adquisición de productos fabricados en el país (a los que se empezaba a dotar de un fuerte componente de obsolescencia programada). Se distinguía claramente el entorno del varón, urbano, competitivo y bien remunerado, del de la mujer, centrado en la crianza, el consumo y la satisfacción de los deseos del marido y los hijos.

NOTAS

¹ «What sphinx of cement and aluminum bashed open their skulls and ate up their brains and imagination?».

² Fotografía de Ronald Reagan en Charlotte Street (1980):



Fotografía de Charlotte Street en 2018:



³ Este Ed Sullivan no tiene nada que ver con el presentador del mítico show emitido por la CBS durante las décadas de los cincuenta y sesenta.

⁴ *Columbia Daily Spectator*, 9 de septiembre de 1982:



⁵ *Columbia Daily Spectator*, 29 de mayo 1980:



⁶ «The Gentrification of Harlem?». Fue publicado en 1986 en *Annals of the Association of American Geographers*, 3 (1986), pp. 347-365.

⁷ La cita pertenece a *The Brass Wall*, un extraordinario trabajo del periodista David Kocieniewski en el que se recoge con mucho detalle la investigación de algunos de los hechos que narramos en las siguientes páginas.

⁸ Existen varias fuentes sobre los hechos que acaecieron aquella noche, y entre ellos distintos informes, autos judiciales y actas de procesos. Algunos, como el que presenta este código QR, se pueden consultar a través de Internet:



⁹ Resulta muy interesante leer el artículo de Kocieniewski titulado: «A MOLE IN BLUE: A special report; Detective's Loyalty Is Questioned As Mob Stays Step Ahead of Law»



¹⁰ «Así que la gente vino desde varias millas a la redonda / para pulir la gema que habíamos encontrado / una capa de pintura, una nueva canción / con el arte como arma, un lugar en el que dar bocinazos / un nuevo café, un renacimiento / una tienda de yogur en cada colina / Somerville / ¿A qué otro sitio voy a ir? / ¿Dónde más podría vivir? / Simplemente voy a la quiebra / Pero enseguida suben el alquiler / Desalojos para el desarrollo / Se escucha lo mismo en todas partes / 'Paga o recoge tus cosas'». (Amy Kucharik, canción compuesta en 2015 para la campaña política de Elizabeth Weinbloom al Consejo Local de Somerville, Massachusetts). Somerville es una localidad del norte de Boston, cerca del área de Cambridge, donde se encuentran la Universidad de Harvard y el Instituto Tecnológico de Massachusetts.

¹¹ *How the Other Half Lives: Studies among the Tenements of New York*. Charles Scribner's Sons, New York, 1890. En el siguiente enlace se pueden admirar algunas de sus fotografías:

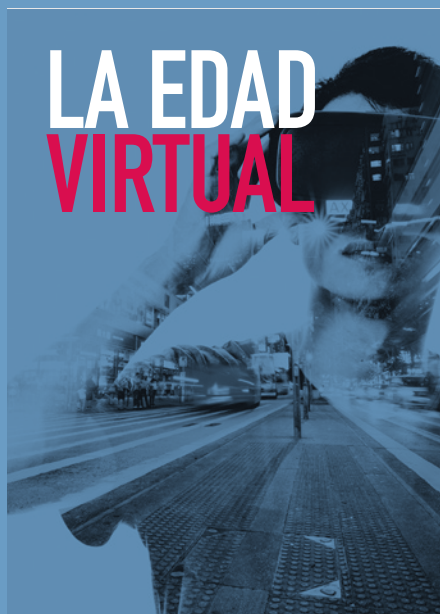


¹² «Lucha de clases en la Avenida B. El *Lower East Side* como *El Salvaje Oeste*». El volumen citado ha sido traducido como *La Nueva Frontera Urbana. Ciudad revanchista y gentrificación*. Traficantes de sueños, Madrid, 2012.

Asistimos en el presente a un vivo debate sobre las perturbaciones y desajustes que la transformación tecnológica acelerada provoca en las sociedades occidentales. Este libro intenta mostrar que la confusión reinante no está causada por este cambio tecnológico acelerado sino que, más bien, sucedería al revés: una radical transformación de nuestra mirada sobre la realidad habría provocado el inicio de una nueva época que podríamos denominar como la Edad Virtual.

Dicha época se caracteriza por la conjunción de una serie de mutaciones en la comprensión del espacio físico (la ciudad), en la experiencia y el uso del tiempo (afectos) y en el sentido del trabajo, de la vida y de la muerte que habría dado paso a una nueva «forma» de vida.

Pensado y escrito a partir de la experiencia común, este ensayo desea arrojar luz sobre cómo amamos, trabajamos, sentimos y anhelamos los seres humanos en los albores del siglo XXI y, también, qué podría depararnos el futuro.



ISBN: 978-84-9055-960-4



9 788490 559604